

lo contrario peligran de que, á su debido tiempo, no den follaje frondosísimo.

IV

Es la *Obediencia* la primera virtud. Hoy se habla mucho de libertad: resulta sin duda una cosa excelente la libertad, mil veces preciosa ante los ojos de un hombre sano de espíritu. Pero es necesario entendernos sobre el valor exacto de esta palabra. Significa sencillamente, que, en el ejercicio de sus energías naturales, cada ser humano es libertado de coacción convencional, artificial y penosa. Así entendida, es la libertad sin contradicción y sin reserva un gran bien; pero ella no conduce muy lejos. No marca sino los límites en la carrera de la vida; traza al hombre el teatro de su acción, pero nada le dice de su papel ni de como ha de representarlo. Más allá de estos límites, termina toda acción, no en la libertad, sino en una serie de limitaciones. Cada precepto es un límite, y el precepto en último resultado, es la introducción de la razón en la vida. Ahora bien; como las reglas á que debemos someternos, no son siempre, no son nunca de las que uno se deja voluntariamente imponer y por sí mismo; como generalmente nos vemos dirigidos por otro y en bien de la sociedad; resulta de esto, que de aspirar á ser un miembro de la sociedad digno, trátase de quien se trate, lo primero que debe aprender es *obedecer*.

La ley, el ejército, la iglesia, los servicios públicos, toda la vida humana y una acción cualquiera, sean las que sean, no son sino demostraciones vivientes de este principio. Seguramente que en su esfera propia, queda el individuo independiente. Quitarle esta independencia, sería como convertirlo en máquina pura y anularle su cualidad de hombre; pero mientras obra como miembro del cuerpo social, no puede librarse de estos lazos, los cuales atan precisamente los individuos y hacen de ellos un conjunto sólido y definido, aunque figure en el más alto grado de la escala social. No es sino un esclavo. Tal como ya dijo el Papa: *Servus servorum, el esclavo de los esclavos*. No puede la cabeza, de ninguna manera, como no le sería posible al pie, substraerse del yugo de las leyes orgánicas, y la obediencia absoluta de los miembros es su deber y su salud. San Pablo con su fervor, su energía, su clarividencia acostumbradas, ha magníficamente comentado esta idea, y si alguna vez os sentís con tentaciones de sublevaros contra vuestro nativo papel en el gran organismo social, os aconsejo volveis á leer

atentamente el capítulo XII de la epístola primera á los corintos. Cualquier movimiento de sublevación ó de desorden, abre una brecha que puede ensancharse y servir para pasar en otra ocasión á la anarquía. Coloca el historiador latino como una de las cualidades más notables del carácter de Anibal, el que sabía á su vez obedecer y mandar: «*Nunquam ingenium idem ad res diversissimas, parendum atque imperandum, habilis fuit.*»

No hay duda que son bien auténticos el obedecer y el mandar: sin embargo, la una es la mejor disciplina para aprender la otra, y quien únicamente haya mandado ignorará precisamente los límites que limitan el poder por el mayor bien del poder mismo.

Jóvenes, cultivad, pues, la antigua virtud romana de la sumisión á la autoridad; cultivadla como la que mejor sienta á vuestros juveniles años. Ejecutad la orden de un superior sencillamente porque es una orden; yo añado: ejecutadla puntualmente. Nada puede haceros más gratos ante los que os emplean, que la diligencia y exactitud en los asuntos. ¿Y qué puede haber más natural? La marcha regular y armoniosa de toda la máquina depende de la exactitud que cada uno ponga para mejor desempeñar su papel. En las complicaciones de la vida social, cuando falta la obediencia no puede ser reemplazada ni por el genio ni por el talento. El reloj que marcha irregularmente no señala la hora á nadie: si la tarea que habeis de cumplir es uno de los factores necesarios para el trabajo de otro hombre, sois vosotros su reloj, y debe poder contar con vosotros. El más hermoso de los elogios que puede recibir un miembro de cualquier grupo, ha de ser este: «*He ahí un hombre que hace siempre, lo que se le ha pedido, y que siempre está en su punto en el momento convenido.*»

V

La segunda de las virtudes que ha cultivar el joven con cuidado especial es la *sinceridad*. Creo, con Platón, que una mentira es cosa digna de desprecio para los dioses y para los hombres. La juventud sobre todo es naturalmente sincera. Pero el temor, la vanidad, influencias varias, distintos intereses, pueden somover y aun ahogar este instinto, hasta el punto de quitar al alma humana toda firmeza, toda dignidad. Stuart Mill, en uno de sus folletos políticos, dirigiéndose á los obreros ingleses, diceles que la mayor parte son «mentirosos;» pero después añade un elogio haciendo constar que, entre los trabajadores de